

Yo quería pedil hoy al Cristu...

Yo quería decil al poeta...

¡Santu Cristu!, es mi pueblu, hazlu güenu,  
que por él Tú llevastis a cuestras  
esa cruz que te jiendi los hombrus,  
esi pinchu jincau en la cabeza,  
esa jonda jeria del costau  
y esus clavus en brazus y en piernas.

Ya te quieri mi pueblu, ya dici  
que va a sel güenu pa que Tú le quieras,  
que va a sel humildi  
sin pisca e soberbia,  
y que en ves de rencoris añejus  
van a sel hermanus, siempre en avenencia;  
darán pan al pobri,  
golverá la genti a no echal blasfemias  
y las mocedadis  
serán como el Cristu las quiere que sean.

Y aquel hombri honrau...

¡aquél!... ¡mi poeta!...  
dende arriba me ha dichu que al Guiju  
lo han puestu tan cerca  
de la ermita del Cristu Benditu  
pa que de un saltinu la genti se meta  
con zapatus y to, si haci al casu,  
en la gloria mesma.

¡Ay... la ermita del Cristu Benditu!...

¡Ay... mi padri... mi luz... mi poeta!

VALGUT

## Antorchas cesarinas

Monasterio de Yuste, filigrana  
que la fe de otros tiempos forjó en piedra,  
arcaicos muros que cubrió la hiedra  
entre broncíneos sonos de campana.

Residencia de paz, jeronimiana,  
alcázar de quien dominó la tierra,  
aún sigues en la falda de la sierra  
cual severo bastión de gloria hispana.

¿Por qué cuando te miro esta mañana  
me parecen tus muros más severos?  
¿te entristecen quizás los Caballeros  
que hoy turbaron tu paz casi octaviana?

Ellos no traen espadas ni broqueles,  
ni hace ruido el piafar de sus corceles  
presintiendo la lucha o el torneo,  
ni viene nadie a conquistar laureles;  
caballeros de paz al César fieles  
llegan a visitar su mausoleo.

Y aunque su cuerpo aquí ya no reposa  
y está aterrada la cesárea fosa  
que cubriera los restos del extinto,

con el olor de la marchita rosa  
llega hasta aquí cual sutil mariposa  
el alma del invicto Carlos Quinto.

He dormido en la paz de este recinto  
en noches silenciosas, solitarias,  
y entre los bisbiseos de mis plegarias  
y el ulular del viento y los cipreses,  
he imaginado entrechocar de arneses  
mezclados con estrofas funerarias.

Al extinguirse el eco de la una  
he visto en el estanque entrar la luna  
que proyectando sombras fantasmales,  
simulaba guerreros espectrales  
que con cinco sarcófagos al hombro  
caminaban llenándome de asombro  
por entre los espesos matorrales.

Del polvoriento suelo en la vereda  
veía la negruzca polvareda  
que arrancaba a la tierra la mesnada,  
y muerto, un rey de testa coronada,  
con manto de tisú, armiño y seda,  
luego una pesadilla, después... nada.

Caballeros, no soy un visionario,  
soy sólo un soñador atrabilario  
que viviendo a las sombras de estas ruinas  
he sentido en mi alma las espinas  
que brotaron a causa del olvido,  
mas hoy Yuste se encuentra redimido  
entre luces de antorchas cesarinas.

Y su luz ha traído a mi memoria  
olvidados retazos de la historia  
de este bastión verato y cuacareño;  
de aquel Yuste que fue del mundo sede  
mientras vivió aquí el rey que vino adrede  
para dormir en paz su último sueño.

Caballeros, guardad vuestros aceros  
porque la paz del mundo está ganada,  
haced rejas de arado con la espada  
para labrar los árboles del huerto,  
si el César Carlos Quinto ya está muerto  
demos por concluida la cruzada.

Yo soy de estas gestas pregonero  
por difundir los hechos de la historia,  
si nuestro fin es emular la gloria  
del que siendo león se hizo cordero,  
prediquemos la fe en el mundo entero  
pregonando del César la memoria,  
al fin, esa será nuestra victoria  
si tenemos honor de caballero.

FELIPE JIMÉNEZ VASCO

De la Real Academia de la Historia  
de Copenhague

